

## CUARTA ESTRELLA

## ó grandeza de la corona de poder de la madre de Dios.

## CAPITULO V.

QUE ES LA ESPOSA Y COMPAÑERA DEL SALVADOR.

A medida que el Salvador crece en edad, crece tambien en designios, y así como el estado de infancia en que acabamos de verle, exigía el auxilio y asistencia de una madre, de una nodriza y de una aya, de la misma manera la condicion en que ahora se halla, requiere la compañía de una esposa ya por la consideracion de su propia persona, ya por la prosperidad de sus estados y el bienestar de sus vasallos, segun es de ver por los discursos siguientes.

§. I.—Que la Virgen santísima es verdaderamente la esposa del Salvador.

I. No os ofendais, almas castas, de oir que aquella á quien poco antes considerásteis haciendo el oficio de madre y nodriza, haya venido á ser la esposa de su propio hijo. Se trata de Dios y de la Virgen de las vírgenes, y así como lo que pasa entre ellos, es todo divino, así nuestros pensamientos deben de ser enteramente celestiales. Además sèpase que el devoto Hugo de S. Victor habia previsto ya esta dificultad: ve aquí cómo habla en un sermón de la Asuncion: «¿Qué maravilla es esta? El hijo de la madre es tambien el esposo de la vírgen, y

el autor de la integridad es igualmente el fruto de la fecundidad. ¿Qué dices, divino amante, de que la que te concibió como madre, es tambien tu amada? ¿Cómo pueden conciliarse estas dos calidades? Bien veo yo cómo, responde el sutil doctor: es tu amada por su virginidad y tu madre por su fecundidad; de suerte que como madre te engendrò primeramente y luego de ella y de tí juntos nació tu iglesia, que se gloria tambien de ser vírgen y madre juntamente. Al nacer tomaste de tu madre la sustancia de flaqueza, y al morir dejaste á tu esposa el sacramento de incorrupcion, mostrándote en uno y otro el amante extraordinariamente singular.» Y no nos figuremos que este lenguaje ha comenzado á usarse de poco tiempo acá en la iglesia cristiana. Hace mas de mil y doscientos años que S. Agustin (1) y S. Pedro Crisólogo (2) afirmaban que la vírgen Maria era la única que habia merecido ser madre y esposa juntamente. Hace cerca de mil y trescientos años que S. Epifanio contaba (3) entre las maravillas obradas por el cielo en Maria el tálamo nupcial, cuyo verdadero esposo es Jesucristo: la llamaba la madre del esposo celestial: decia que el ángel Gabriel la habia preparado para el Salvador, su divino esposo, y le aplicaba las palabras del Cantar de los cantares, donde el esposo la llama su hermana y su esposa. Si queremos retroceder aun mas; hace cerca de mil y cuatrocientos años que S. Gregorio de Neocesarea observaba (4) que el santo ángel fué enviado á la bienaventurada Virgen, la cual estaba verdaderamente desposada con José; pero era guardada para su principal esposo Jesucristo.

II. Los santos padres de los siglos siguientes hablaron todos en el mismo estilo. S. Buenaventura la llama esposa

(1) Serm. 35 de sanctis.

(2) Serm. 140.

(3) Orat. de S. Deipara.

(4) Orat. 5 in Annuntiat.



y madre del rey eterno: santa Inés en una revelacion hecha á santa Brigida le dió las tres excelentes calidades de hija, madre y esposa del Redentor. El docto arcediano inglés sostuvo (1) que era verdaderamente la esposa del Salvador por haber recibido de él las arras de las gracias celestiales, por haber estado unida á él con el vínculo de un amor divino y por haber concebido de él los frutos de infinitos actos de virtud. S. Bernardino de Sena asegura (2) que solo nuestro Señor y la Virgen son capaces de comprender la dulzura de sus celestiales é inocentes caricias, habiendo tenido ella la dicha de ser su madre y esposa á un tiempo mismo.

III. Pronto citaré otros muchos; pero me parece que primeramente es necesario decir para la ilustracion de este titulo que la Virgen es la esposa de nuestro Señor de diferente modo que del Espíritu Santo, y ademas que es la esposa del Salvador de diverso modo que las otras almas escogidas, llamadas tambien á ser esposas de Jesucristo. Con efecto ella lleva el titulo de esposa del Espíritu Santo, porque como observa muy oportunamente san Anselmo, este bajó sustancialmente á ella y suplió la falta de padre y de la virtud formatriz en la encarnacion del Verbo; por lo cual los santos padres no tienen dificultad de llamarle esposo de la Virgen aun segun la carne. El titulo de esposa del Verbo encarnado le conviene, porque fué escogida por Dios para producir juntamente con el mismo Verbo, en un mismo espíritu y en una misma carne (porque la del hijo es la de la madre, como dirán los santos doctores) infinitos hijos de adopcion, es decir, generalmente todos los hijos de la iglesia. En este sentido hace el abad Ruperto que hablando el Salvador á su es-

(1) In hymno: Te matrem Dei laudamus. (2) Lib. 4, cap. 44.

posa llame hijos nacidos de su matrimonio á todos los fieles. De aquí será fácil pasar á la diferencia que hay entre las otras almas llamadas tambien esposas de Jesucristo y la Virgen santísima; porque además de que el matrimonio de aquellas es puramente espiritual, y hablando con propiedad, no es permitido llamarlas una misma carne con el Salvador, como podemos decirlo con toda verdad de la Virgen, esas buenas almas que el divino esposo se sirve de admitir al honor de su tálamo místico, son solamente esposas para producir con la cooperacion de su gracia frutos de santas obras ó á lo mas un número de hijos espirituales que engendran para el cielo. Así se ha de entender en testimonio de S. Gerónimo lo que decia el profeta Isaías (1); que siete mujeres, es decir, un número casi infinito de buenas almas que debian de estar bajo la ley de gracia, cogerán á un hombre, que no es otro que el Salvador, para borrar la ignominia de la esterilidad con que las habia difamado la antigua ley, y producir muchas acciones nobles y heróicas. Pero en cuanto á Maria santísima fué escogida como la esposa predilecta del Salvador para ayudar á la regeneracion de todas las otras esposas, aun de las mas perfectas y adelantadas en la gracia y amistad del rey del cielo, para ser la madre de todos los hijos de salvacion sin exceptuar á uno solo, para ser la señora de todos los bienes del Salvador y la dispensadora de todos sus tesoros. Esto se descubrirá mejor despues que hayamos conocido á punto cierto dos calidades principales, que obligaron á nuestro Señor á tomar este partido y unirse indisolublemente á ella.

(1) Isai. IV.



S. II.—Primer título que obligó al Salvador á tomar por esposa á la virgen María.

*La dignidad de rey es el primer título que obligó al Salvador á tomar por esposa á la Virgen.*

I. El primer título es la dignidad de rey del Salvador; acerca de lo cual hay que notar que esta dignidad es en él de dos especies: la una se puede llamar temporal, y de ella trataré mas largamente en el capítulo XII; y la otra es espiritual, de la que me propongo hablar principalmente en este lugar. Parece que el real profeta significaba esta especie de dignidad real cuando decia en la persona del Mesías: «Yo he sido establecido rey por él sobre el monte santo de Sion para predicar su precepto (1).» El profeta Daniel la expresó igualmente por la piedrecita que siendo arrojada del monte sin ruido y sin mano de hombre derribó por tierra el asombroso coloso que tenia la cabeza de oro, el pecho y el estómago de plata, los muslos de bronce, las piernas y los pies parte de hierro y parte de barro, y denotaba las cuatro grandes monarquías del mundo, las cuales debian de ser como quebradas y reducidas á la nada por el reino espiritual del hijo de la Virgen (2). S. Pablo con un énfasis extraordinario le llama el reino de la caridad del hijo de Dios (3), porque la caridad tiene allí en todo y por todo el primer lugar. El rey de ese reino es el príncipe de la caridad: la ley fundamental es la caridad: el fin donde todo termina, es la caridad: los oficiales gobiernan por caridad: los súbditos obedecen por caridad: el principal lucro que allí se hace, es de la caridad: la única moneda que corre,

(1) Salmo II.  
(2) Dan. VII,

(3) Ad colos., I.

es la caridad: el idioma que se habla, es el de la caridad: lo que distingue al natural del extranjero, es la caridad. En fin la caridad, manda; la caridad obedece; la caridad une los corazones y estrecha los afectos; la caridad es el precio y galardón de todo lo que se practica en aquel reino.

II. No ha de olvidarse que el mismo S. Pablo observa en otro lugar (1) que despues que este gran príncipe conquistador haya reunido á todos los súbditos de su reino, los presentará por distincion á su eterno padre como fruto de sus conquistas: entonces se regocijará de estar él con los suyos sujeto á su padre como al supremo monarca de cielos y tierra, que sometió á él todas las cosas: entonces ¡oh expresion grandiosa! Dios será todo en todas las cosas, es decir, Dios servirá á sus escogidos y á sus súbditos de iglesia para orar, de palacio para morar, de quinta para recrearse, de librería para estudiar, de campiña para pasearse, de asiento para sentarse: les servirá de provisiones, de muebles, de heredad, de posesion, de tesoro: les servirá de padre y madre, de esposo y esposa, de hijos, de mujer, de maestro, de proveedor: les servirá de banquete, de concierto, de refrigerio, de pasatiempo en una palabra de todo cuanto pueden apetecer y no hubieran sabido nunca desear ni esperar. ¡Oh reino! ¡Oh rey! ¡Oh súbditos! ¡Oh vida! ¡Oh felicidad! Reino donde todos los súbditos serán reyes y de donde están desterradas la necesidad, la desunion y la desconfianza, porque se disfrutan en todas partes la abundancia, la paz y el amor. Rey que no ha tenido ni tendrá jamás igual, cuyas manos rebosan magnificencia, su boca fidelidad y su corazón bondad; que ama á todos los suyos con un amor incomprensible y reciprocamente es amado y venerado de ellos mas de lo que podríamos de-

(1) I ad cor., XV.



cir ni concebir. Rey que es el honor de su reino y que se deleita no en pelear, sino en hacer reyes súbditos, los cuales solo se glorían de ser tales y se tienen por mas honrados con esta calidad que con todos los reinos del mundo. Vida llena de dulzura, de riquezas, de contento y de gloria, gloria sin fin, contento sin turbacion, riquezas sin temor, dulzura sin envidia. Vida que no teme ya á los tiranos, se burla de la muerte y nada en el piélago de delicias de la felicidad eterna. Dicha que tiene á Dios por muro y salvaguardia, y es la misma por la cual es dichoso Dios. ¡Oh reino! vuelvo decir: ¡oh rey! ¡Oh súbditos! ¡Oh vida! ¡Oh felicidad! ¡Qué dichosos son los súbditos de este reino, que con sola la vista de tal rey pasan su vida sin pasarla en una continua felicidad!

III. Siendo tan excelentes el uno y el otro reino del Salvador, parece que hubiera habido algo que decir si hubiese carecido de una compañera de la grandeza y magnificencia del príncipe. No sería completo el lustre de este reino, ni estaría completa la corte, si faltase este ornamento, especialmente en vista de que teniendo todos los súbditos de este gran rey el honor de ser hijos, por necesidad ha de haber una reina que sea la madre de los príncipes y princesas del cielo. Así han opinado siempre y así lo han deseado todas las naciones del mundo para poder honrar á sus reyes en su posteridad. Por lo tanto con razon deseó el supremo monarca, padre del príncipe de la gloria, que este tuviese una esposa, y le dió la más noble y excelente que podia imaginarse. Esta esposa, escogida con gran contento del rey su hijo y con regocijo y consuelo público de todos sus súbditos, es la esclarecida y gloriosísima virgen María. No lo invento yo: es dictámen de S. Andrés de Jerusalem (1), del abad Rupert-

(1) Serm. de dorm. Deipar.

to (1) y de muchos intérpretes de los Cantares (2), quienes se persuaden á que la esposa sin par que recibe un honor inestimable del singular esposo Jesucristo, es la Virgen, y que á ella le convienen propiamente aquellas palabras llenas de singular dulzura: *Sesenta son las reinas* (3); es decir, muchas almas buenas dotadas de singulares virtudes y que caminan á paso largo á la perfeccion, son sus esposas legítimas. *Ochenta las concubinas*, es decir, las mujeres de segundo orden y menos calificadas que las primeras, y son muchas almas menos adelantadas que las otras; pero que no dejan de despedir un olor muy grato de santidad y ser muy queridas de él. *Y las doncellas son sin número*, es decir, las almas devotas, que abundan en buena voluntad, aunque están todavía tiernas y poco adelantadas en el camino de la virtud. Por último solo hay una paloma, una perfecta, una que es la reina de las reinas, la señora de las otras esposas, la madre de las tiernas doncellas, la esposa sin compañera, virgen y madre juntamente, la idea de toda santidad y la imágen de toda perfeccion: esa es la bienaventurada madre de Dios. «Ella es, dice el abad Rupert (4), la única á su madre y singularmente escogida por la que la engendró; única, porque no tiene semejante ni aun entre las reinas; única á su madre, es decir, á la Jerusalem celestial, que es nuestra comun madre, y singularmente escogida por la que la engendró, que es la antigua iglesia de los patriarcas, profetas y reyes, de quienes tomó la naturaleza y heredó la bendicion. Ella es verdaderamente única á su madre y singularmente escogida por la que la engendró, porque no tuvo jamás semejante ni en el cielo,

(1) Passim. in Cantic.

(2) Guillerm. el peg., Honorio Augustodun., Alano Insul.

(3) Cantic. VI.

(4) Lib. 6 in Cantic.



ni en la tierra, ni habrá jamás quien se acerque á ella. Es la casta paloma, porque es llena de gracias: es singularmente escogida, porque no lo es simplemente para ser salva, sino para parir la salvacion. Las sesenta reinas, dice Mateo Cantacuzeno (1), son las almas de los mártires de uno y otro sexo, que compraron á su celestial esposo á costa de su sangre. Las ochenta concubinas ó mujeres de segundo orden y menos calificadas que las primeras son las almas de todos aquellos que renunciaron la esperanza de las cosas bajas y caducas por seguir únicamente á su divino esposo. Las doncellas sin cuento son las almas de los que habiendo recibido el santo bautismo viven piadosamente bajo las leyes de la disciplina cristiana. Sobre todo esto hay una esposa singularmente amada, así como es singularmente amante, con quien no se igualarán jamás las otras, porque ella es sola en sus privilegios: esta es Maria, madre y esposa de Jesus.

IV. Lo mismo pensaron otros muchos doctores acerca de esta buena esposa y reina (2), á quien el real profeta da indécible honor en su sagrado epitalamio cuando dice: *Asistió la reina á su derecha con vestidura dorada..... Serán llevadas al rey vírgenes en pos de ella* (3). Con respecto á la parábola evangélica de las diez vírgenes que aguardan á presentarse al rey y á la reina, al esposo y á la esposa, pues que la mayor parte de los santos padres entienden por ese número de vírgenes todas las almas que tienen que comparecer delante de Dios, es de necesidad que siendo el esposo Jesucristo y no otro, la esposa que sale de la esfera comun y como que se iguala con su esposo,

(1) In cap. VI Cantic.

(2) S. Athanas., serm. de S. Deipara: Arnold. Carnot., tract. de laudib. Virg.: Hugo de S. Victor., Erud. theol., l. 2,

cap. 425: Petr. Damian., sermon. de Assumpt.: Hugo cardin. et S. Thomas in psalm. XLIII.

(3) Salmo XLIV.

sea esa misma princesa tan ensalzada sobre las almas comunes como los montes mas altos se elevan sobre los profundos valles.

V. Permíteme, santa señora, que me valga yo aquí de las palabras de un fiel siervo tuyo, el abad Guerri-co, y me regocije contigo por el doble honor que recibiste de hospedar al rey de la gloria y lo que es mas, tenerle por esposo. Consiente que te diga con el mismo que de aquí adelante puedes disponer libremente de todos los bienes de tu divino hijo como reina madre, reina reinante y esposa de ese gran príncipe. Bastaria á tu modestia encontrar sosiego; pero te aguardaba la real diadema, porque quiere reinar contigo el que efectuó contigo en una misma carne y un mismo espíritu el misterio de piedad y unidad cuando sin quebrantar las leyes de la naturaleza y redoblando solamente los privilegios de la gracia te distinguió con el honor de elegirte por su esposa. Es llegado el tiempo de hacerte gozar de sus amorosos abrazos y pagar con usura las dulces caricias recibidas de tí en su infancia. Finalmente lleva á bien que yo te ofrezca los humildes sentimientos de todos tus súbditos, que de lo íntimo de su corazon te reconocen por legitima esposa de su soberano y se huelgan de tenerte por señora y reina, en cuya calidad te presentan sus súplicas y sus humildísimos servicios con un deseo muy ardiente de alabarte en compañía de tu esposo por los siglos de los siglos.

§. III.—Segundo título que obligó al Salvador á tomar por esposa á la vírgen Maria.

*El título de padre del siglo futuro.*

I. El segundo título que movió y como que obligó al Salvador á elegir una esposa, fué el de padre del siglo futuro.